

# El Casino, baluarte del carnaval nocturno

LORENZO ANTONIO HERNÁNDEZ PALLARÉS

Se cumplen más de cien años de actividades sociales, culturales y de ocio propiciadas por la Sociedad Casino de Águilas, y hemos de destacar en relación al Carnaval el haber sido la que propició el auge del carnaval nocturno, con sus tradicionales bailes de máscaras, que es el nombre con el que se denominaban estos bailes. En ellos era parte importante el hecho de ir con máscara y no ser reconocido, pues permitía el desarrollo de situaciones de humor, risas e impunidad en ciertas bromas, y de ciertas libertades en el terreno erótico, que permitían la posibilidad de pasar una noche hablando o *ligando* y perdiendo un poco las encorsetadas formas sociales decimonónicas de esa época.

En sus orígenes era una celebración elitista, pues sólo se permitía la entrada

a los socios y éstos pertenecían al estrato de población más favorecida económicamente. Para ellos era un carnaval que contaba con trajes más elaborados, que huían de lo chabacano. Destacaba el baile del domingo de piñata, en el que la mascarada se convertía en auténtico baile de disfraces, en el que debía predominar el buen gusto y la elegancia que hoy en día ha heredado el desfile.

Este baile hay que entenderlo dentro del deseo de los aguileños de alargar lo más posible las celebraciones del Carnaval (ya que realmente se estaba en Cuaresma, pero se hacía como si no lo fuera). A las doce de la noche se producía la ruptura de la gran piñata, con premio para el ganador a parte de los pequeños premios que de ella salían junto a las palomas, que volaban por el salón y daban más belleza al momento.

Con el tiempo propició que fueran bailes brillantes en su concepción, y en ellos, poco a poco, se fue abriendo la mano, permitiéndose el acceso a personas no vinculadas con la Sociedad. También hizo que se convirtiera durante la dictadura en el último baluarte del carnaval nocturno, siendo de alguna forma el santuario que veló por la continuidad del Carnaval aguileño, en paralelo con la mascarada de mamarrachos, más popular y callejera, que se celebraba durante las horas de la tarde en los alrededores de la Puerta de Lorca y de la iglesia del Carmen.

Posteriormente y cuando ya parecía a punto de extinguirse su prestigio carnavalesco, en la nueva época fue retomado por la Peña de los Gatos, que supieron, ya con acceso libre a la población, imprimirle de nuevo su carácter acogedor,

atrayendo en su seno a las máscaras más tradicionales, convirtiéndose en un lugar de diversión sana y de relaciones desenfadadas al ritmo de bailes carnavalescos, creando así diversos espacios para hablar, beber y divertirse. Su puerta se ha convertido en el lugar de encuentro y de paso para ver y disfrutar de todo el ingenio del carnaval de la noche.

Esperemos que siempre siga abriendo sus puertas a diario en estas fechas, dando refugio a esta forma de carnaval inmanente, puesto que va más allá del tiempo y del espacio, y en el que aún pueden convivir todas las generaciones de los aguileños actuales, mientras reviven la tradición de los bailes de máscaras de sus antepasados.

Lorenzo Antonio Hernández Pallarés es psicólogo